

su ejército tras él y le detenga?
 ¡Atrás, Arnaldo!... ¿Un mismo sol veremos
 el Oriente lanzar contra su ocaso?
 ¡No me escuchan!... ¿Rompiendo mi garganta
 no puede el corazón, que tanto puede,
 llegar con mis palabras hasta el llano?
 ¡Arnaldo de Faidit, guarda á tu hermano!

*El pavoroso estruendo de los dos
 ejércitos que tropiezan; un alarido de
 terror en las almenas.*

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero. Es casi noche. La primera noche del invierno. La diversidad de la luz cambia por completo el ambiente en el lugar idéntico. En la chimenea de hogar arden troncos de leña, cuyo resplandor, y el de algunas lámparas, iluminará la escena. Por los ventanales de la derecha y por el fondo, sobre las almenas, la oscuridad y la cerrazón de un cielo de tormenta. Se verá en el lugar del estrado la urna, de madera de cedro, labrada, en que han traído un cuerpo muerto. Los paños, bordados con el águila de Guillermo Faidit, arrastran de ella. En sus cuatro puntas, cuatro candelabros de hierro, forjados al modo pirenaico, en que hay sendos blandones amarillentos, apagados y casi consumidos. Algunas lámparas colgando del techo ó afianzadas en el muro con brazos de hierro, dan en este sitio claridad á la escena, y hacen todavía más oscuro el fondo del ventanal, como si un paño negro se hubiera corrido por detrás de los arcos.

Al levantarse el telón, NAT DE MONS, sentado al pie de la sencilla urna, escribe en un pergamino, según que ARNALDO va dictando.

Junto al hogar, donde hay pieles amontonadas, formando pobres lechos, estarán MARCABRÚ, TIBERGA y PEIROL; éste, tendido en las pieles y dormitando al chisporroteo de la lumbre.

ARNALDO FAIDIT andará vagando por la escena, y á intervalos se detiene, dictando al juglar algunas frases.

TIBERGA

Con una vaga salmodia de rezo, acabando de hacer la señal de la cruz.

Dios sea loado,
y el día pasado
nos lo tome en bien...
¡Guarde al caminante,
guarde al peregrino,
que sigue el camino
de Jerusalén!
¡Santo, santo, santo!
Tres veces ungido,
tres veces herido
en los pies, en las manos
y en el corazón...
Señor uno y trino,
quo le diste á la lanza de Longino
el agua de la redención;
por el día pasado,
por el verano acabado,
por las tormentas del invierno,
por nuestro descanso eterno;
¡santo, santo, santo tres veces, Señor!
por los mendigos radíos,
por sus hogares vacíos,
¡salva á Provenza, Señor!
Haz por sus templos desiertos,
por sus piedras rotas, por sus campos yertos
y por la memoria de todos sus muertos,
¡sálvanos, Señor!

Terminada esta salmodia, apenas musitada, Marcabré y Tiberga vuelven á hacer la señal de la cruz.

ARNALDO

Apoyado en el féretro, la mirada vaga, como de quien sigue, ajeno á lo que le circunda, su propia idea. A Nat de Mons.

Sigue, juglar...—« En aquel trance,
pensando sólo en su Provenza,
no detuvieron á Guillermo
los matorrales de la senda...»

TIBERGA

A Marcabré, en voz aparentemente baja, como para no estorbar á Arnaldo.

¿Para albergar los fugitivos
ya dió de sí la fortaleza?

MARCABRÚ

Y á los que en ella no cupieron,
les refugiaron en la Iglesia;
el hospital de peregrinos
albergó cuatro en cada celda;
en poco espació ¡cuánta ruina!

TIBERGA

No queda más de la Provenza.

Bajando todavía más la voz, acercándose á su hijo.

¿Y la mujer?

MARCABRÚ

A su servicio
puso el señor Rosa Hugoneta.

TIBERGA

Moviendo su blanca cabeza con des-
confianza.

No espero bueno, Marcabré,
mientras la alberguen estas piedras.

MARCABRÚ

No pudo Arnaldo, en la derrota,
abandonarla; ¡fué su reina!

TIBERGA

Una pausa corta. Arnaldo tiene co-
gido el pergamino del juglar, releen-
do el escrito.

¡Pudo morir, la que, en su mano,
trajo la ruina de Provenza!

MARCABRÚ

A pasos lentos, acercándose á su jo-
ven señor.

¿Levantaremos el rastrillo
dando del torno á las cadenas?

ARNALDO

Con voz que la tristeza hiela; devol-
viendo el pergamino á Nat de Mons.

¿No saben todos que, en Faidit,
la mies sin grano es nuestra enseña?

Contemplando con infinita melanco-
lía el féretro de Guillermo.

Desde hoy... ¡dejad tendido el puente;
nadie, en la noche, hará sorpresa!
¡Ya nada queda en pie, Guillermo,
del esplendor de casa nuestra!

Como queriendo reaccionar de estas
consideraciones; vuelto á Nat de Mons.

Sigue, juglar...—«Murió el leal,
y porque ha muerto le condenan;
pero, al morir, llevóse el fardo
de sus secretos á la tierra...
Era un Faidit; sus pasos lentos
también trazaron las estrellas;
le falló el tiempo, le fallaron
los que debían irle cerca;
¡pero, en la punta de su lanza,
él bandeaba su quimera!...»

Pausa, como hablando consigo
mismo.

¡Traidor!... Provenza entera ha dicho
¡Traidor! .. ¡mintió Provenza entera!

TIBERGA

Con exaltación, sin poder contenerse, al oír el apóstrofo de Arnaldo.

¡Sí, lo he creído siempre!

MARCABRÚ

Con igual fe que su madre.

¡Siempre!

ARNALDO

Acercándose á los dos viejos familiares, identificados con él en el sentimiento y hablándoles conmovido.

¡Fué á Francia, en busca de Provenza!
Iba, en sus propios enemigos,
á darle un trono á nuestra reina.
¡Hasta Galicia, por España!
¡Hasta Milán, por las fronteras
de los romanos! De estas partes,
¡hasta Bretaña!

TIBERGA

¡Cuánta tierra!

ARNALDO

¿No veis?... Y aquellos sueños suyos
¡yo los recojo en estas letras!
Esta mi *crónica* le envuelve
como un gran manto de nobleza,
y le hará honor á su memoria,
de hoy para siempre, el que la lea!

TIBERGA

Cogiendo entre las suyas la mano
que habrá extendido Arnaldo.

¡Benditas sean estas manos
y todo lo que sale de ellas!
Pones á logro las semillas
que pudrirían en la tierra,
Arnaldo mío...

ARNALDO

Con melancólica ternura.

¡Sigue hablando,
que habla Faidit en mi Tiberga!

Se acerca á ella cariñosamente y la tiene un instante abrazada. Tiberga, cogiendo entre las suyas una mano de Arnaldo, con una intimidad evocadora de cosas de infancia y en tono maternal y dulce concluye.

«Paloma torcaz, no llegue el milano,
¿qué picas en la nieve de esta mano?
—No es de nieve, es de oro rico,
mano de real persona,
en medio de la mano una corona;
¡yo le cuento las perlas con el pico!
No es de nieve, es de oro rico, es de oro y brasa:
¡va en ella la grandeza de su casa!
—¡Oh, qué cargada está, la mano mía!
mi corazón en ella, ¿no cabría?»

La viejecita besa las manos de Arnaldo; una pausa de infinita melancolía.

¿No se te acuerdan, siendo niño,
las profecías de Tiberga?

ARNALDO

¡Si se me acuerdan, que hoy tan sólo
es su recuerdo el que me queda!

Dirigiéndose al juglar. Tiberga y Marcabré siguen con interés sus palabras. De vez en cuando, hablarán en tre cilos en voz baja.

Juglar, pusimos el comienzo,
porque de norma nos sirviera;
dame la glosa en que va escrito
lo que pasó la noche aquella.

*Nat de Mons le entrega los pergaminos a Arnaldo.
Leyendo.*

Dice así: Vienen contra Lil
los enemigos por la senda;
mueven del llano los cruzados
que Mestre Arnaldo los gobierna;
á medias marchas, ya, fatal,
de boca en boca va la nueva:
que dos hermanos frente á frente
se encontrarán en las almenas...

TIBERGA

Sin poderse contener.

¡No lo permita Dios!

MARCABRÚ

Reconviniendo, para que calle.

¡Atiende!

ARNALDO

A Marcabré, con dulzura.

Lo sintió así... no la reprendas.

Sigue la lectura.

Los del castillo, generosos,

por evitarles la contienda,
 abren las puertas al francés,
 dejan los muros sin defensa
 Nada les vale: una con otra
 las dos mesnadas se tropiezan;
 mete el caballo Mestre Arnaldo
 en lo mejor de la pelea;
 ya roto el astil de su lanza,
 sólo su espada le aprovecha...

TIBERGA

Como si se lo dijera á sí misma.

¡Pobre mi dueño!

ARNALDO

... Un paladín
 en hierros dobles, se le acerca,
 la lanza larga se abre paso,
 puestos los pies en la estribera...
 No viene á herirle, que le trae
 la protección de su defensa;
 y tantos golpes que le tiran,
 son tantos golpes que él contesta.
 —¡Hermano! —va á gritar Arnaldo...

TIBERGA

Sin poderse contener.

¡Sí!

ARNALDO

Leyendo.

Los de Francia no le dejan;
 reconociendo al hombre en hierros,
 todos á un tiempo le rodean:
 —¡Traidor dos veces, muere ya!
 Guillermo el bueno cae en tierra.

Se oyen los sollozos de Tiberga.

Sigue el combate; Mestre Arnaldo
 no torna más á la pelea;
 á los despojos de su hermano,
 queda abrazándose en la senda;
 la rota es tal, que aquella noche
 moría toda la Provenza...
 A la mañana, en torno á Arnaldo,
 se agrupan todos los quedan:
 hombres heridos y mujeres,
 viudas en tocas y doncellas,
 y la raez de Lil y Foix,
 que traen con ellos á su Reina...
 Ningún reproche dice nadie,
 que á todos junta igual miseria;
 cuando en Faidit se refugiaban,
 el dolor parte aquellas piedras.

TIBERGA

¡Parte las almas!

ARNALDO

¡Tal la vida,
y tal la muerte que las sella!
¡No llegó á más ningún Faidit!

TIBERGA

*Todavía entre lágrimas; sacudiendo
bruscamente á Peirol.*

¡Peirol!

PEIROL

Despertando; entre sueños; sobresaltado.

¡Por Lil y Foix!

TIBERGA

Malhumorada; sacudiéndole más.

¡Despierta!

ARNALDO

Por el grito de Peirol.

¿Quién grita?



TIBERGA

Sin darle importancia; señalando al juglar.

Sueña...

ARNALDO

Con intención.

¡Sólo sueños
lo que aun ayer era mi empresa!

Peírol, sin hacer caso, se vuelve de espaldas y torna á dormir. Tiberga va á instarle; pero oyendo la voz de Arnaldo, se detiene, escuchando.

ARNALDO

Al juglar.

Sigue escribiendo.—Hubo un castillo,
el más gentil de la Provenza...

Desde este segundo verso el corazón de Arnaldo, lleno de los recuerdos de aquella noche magna, la más amarga y la más dulce de su vida, se desborda; temeroso de interrumpirle, y no pudiendo seguir escribiendo, por la rapidez con que dicta, Nat de Mons cruza los brazos sobre el pergamino, y escucha; todos los demás escuchan también, embebecidos.

Por los pensiles que servían
de ceñidor á sus almenas,
se pasearon entre mirtos
las infantinas de estas tierras...
Las noches claras, parecía
que se plegara, entre sus piedras,
más que la gasa de la luna,
el manto blanco de una reina;
y aquella noche, en sus crestones...

Se detiene bruscamente, á la evocación punzante y dolorosa. Transición. Al jugar otra vez.

Torna á empezar.—Hubo en Provenza
un gran castillo; Lil su nombre;
una mujer era su dueña;
los enemigos, en la noche,
vienen sobre él á toda rienda;
todos son gritos de ¡traición!
y dama Laurà...

El nombre idolatrado vuelve á tenerle; lo pronuncia de nuevo como queriendo hacerse fuerza sobre él, y esta vez la emoción con que lo pronuncia lo convierte casi en un suspiro.

¡Laura!

Una pausa. El jugador con la misma emoción que su dueño en el semblante, espera el final de la frase. Arnaldó desiste de concluiría, incapaz de dominar aquí su sentimiento.

¡Deja!

Arnaldó, para ocultar su rostro á los que le rodean, se dirige al fondo; se le ve inclinarse con melancolía sobre las almenas; vaga un instante y acaba por desaparecer en la obscuridad.

NAT DE MONS

Levantándose y acercándose al grupo de los familiares.

¡No se de amor que alcance á más!

TIBERGA

¡Qué tempestad se nos acerca!
Y ella ¿no sale del castillo?
¿No sacia el hambre en una presa?
¿Podrá dormir sobre estas losas
la que ha vertido su sangre en ellas?

MARCABRÚ

Reconvención cariñosa.

Madre, tu amor á los Faidit
pone en tus ojos una venda;
miras con odio á dama Laura
y eres injusta hablando de ella.

TIBERGA

Cuando los troncos son ceniza
anduvo el rayo por la selva;
¡no baten cuervos en el aire
que rondan lejos de su presa!

MARCABRÚ

¡Madre!... si más que hizo por ellos
pudiera hacer, ¿á Dios que dejas?
No les llamó; para salvarles
entregó toda su Provenza;
vistió sayal de peregrino;
en el fosar echó su tierra
mojada en llanto, y en la cruz
que han de poner sobre las piedras,
¡me hace embutir las esmeraldas
que fueron su collar de reina!
De las desdichas de Faidit,
¿querrás echar la carga en ella?

TIBERGA

¿Pero hace marcha á Palestina?

MARCABRÚ

Lo prometió sobre la almena,

NAT DE MONS

¿No habrá salido sin ser vista?

TIBERGA

Entonces ¿qué es de mi Hugoneta?

NAT DE MONS

Quedóse en el enterramiento,
cuando vinimos á las letras.

MARCABRÚ

Quiso quedarse dama Laura,

TIBERGA

Vé, Macabré... ¿quieres traerla?

MARCABRÚ

¡Hay tanta turba en el castillo!

NAT DE MONS

*Sacudiendo á Peirol y obligándole á
ponerse en pie y seguirle.*

Peirol... Arnaldo está en la almena;

si necesita de nosotros,
es de razón estarle cerca.

Peirol y Nat de Mons van hacia el fondo por donde desaparecen. Cuando Marcabré ha salido por la lateral derecha, Tiberga se encuentra sola en escena junto al féretro de Guillermo.

TIBERGA

Con infinita ternura, como hablando al muerto, que el féretro la recuerda.

Y tú no sufras, hijo mío;
mis viejos años aún te cuidan;
si sólo estás, si tienes frío,
para no ver cómo te olvidan,
¡no abras los ojos, hijo mío!

Entran por la lateral izquierda Laura de Lil y Rosa Hugoneta: un manto oscuro cubre la figura de Laura. Ella y Rosa Hugoneta se paran al entrar; parecen buscar á alguien. Rosa Hugoneta, con un gesto, muestra á Arnaldo que estará en la almena (el espectador no puede verle); Rosa da á entender á Laura que espere y que ella irá á buscarle. Laura quiere negarse, pero la muchachuela sale por el fondo. Todo ello rapidísimo. Laura avanza lentamente, con una indecible emoción, hasta el féretro, y se arrodilla en los peldaños. Pone las manos en el borde de la urna y deja caer el rostro sobre las manos.

Tiberga, surgiendo del otro lado del féretro, donde había quedado acurrucada, se acerca á ella y en voz muy baja, cortada por los sollozos, con un reproche tierno y amargo al mismo tiempo, le dice:

TIBERGA

Estas son las tablas donde le trajeron,
estos son los paños con que le cubrieron,
volverá á la tierra, ¡no has de verle más!
Cuando llegar vimos muerto á nuestro dueño,
fué un grito el castillo... Su hermano, el pequeño,
tal como los huérfanos lloraba detrás...
¡Soy como una madre de los dos, señora,
yo que en mi regazo les senté á los dos!
Dime, si lo sabes, ¿qué haremos ahora,
yo vieja, ellos ruina?...

LAURA

Habrà escuchado casi todo el rato inmóvil. Con una emoción cuya gravedad impone silencio á Tiberga, levanta el rostro y dice:

¡Piedad!... ¡Hablo á Dios!...

Aparece en el fondo Arnaldo y Rosa Hugoneta. Arnaldo avanza en dirección á Laura. Tiberga dejándole pasar, va por el fondo á reunirse con la niña. Esta, cogiendo la mano de la vieja, quiere hacerla salir por la lateral izquierda.

TIBERGA

Espantada: como delante de un sacrilegio.

¿Les dejamos solos?

ROSA

Pues ¿quién osaría?...

TIBERGA

¡No fuera su dama y aun fuera cruel!

ROSA

¡No fuera Faidit, que de él duraría!

TIBERGA

¡Yo quedo á la puerta, velando por él!

Salen. Arnaldo y Laura vienen á encontrarse junto al féretro. Laura de ésta y Arnaldo de aquella parte; de modo que el féretro, sin ellos pretenderlo les separa.

LAURA

Tome en desagravios, quien ofendí tanto,
la tierra mojada que eché en el fosar;

poca enmienda ha sido para tal quebranto;
mas, porque valiera, la mojé con llanto;
¡que me voy sin ojos de tanto llorar!

ARNALDO

La noche ha cerrado, hiela en los caminos,
todo el monte es zarza; Laura, ¿á dónde vas?

LAURA

¡Jesucristo cuida de sus peregrinos!

ARNALDO

¿Y quién de los tristes que quedan detrás?
La noche ha cerrado; temblará en los vientos
como un lirio frágil tu mano real;
tus pies delicados, que ungieron ungüentos,
quedarán sangrientos
en el matorral...

Mira si el destino que nos hiere es fuerte,
que no van mis pasos á ti... y eres mía;
mira como, en vida, nos manda la muerte,
que no te detengo, ¡prosigue tu vía!
pero el voto extremo que hago en mi dolor,
lo que es en mis duelos, el duelo mayor,
lo habrás de escuchar:
si á quedar voy solo, como en un desierto,
¿por qué bajo tierra yo no soy el muerto?
¿qué me importa vida que no te he de dar?

LAURA

¡Trovador de un tiempo que; al darla tu ley,
de la vida hacías un sueño gentil!
Buscador de reinos, trovador y rey.
¡Mal encuentro hubisteis en Laura de Lil!
¡Perdón por las horas que pasé, á cubierto,
profanando el aire, entre estos sillares;
perdón por la herida de tu pecho abierto,
por tu hogar en ruinas, por tu hermano muerto
y por el desdén de tus familiares!

ARNALDO

¡Laura!

LAURA

Todo junto lo llevo en mis hombros:
tu reino, en cenizas; mi reino, en escombros:
lo que tú esperabas, lo que yo perdí;
tu destino trunco mi destino acerbo,
y con la insistencia de un pico de cuervo
tu amor, que no deja de morder en mí!

ARNALDO

Caiga del costado la lanza que un día
clavé en tu costado, sobre el corazón;
¡tira el hierro... y sane la herida que abría!
¡más quiero tu olvido que mi maldición!

LAURA

¿Yo olvidarte, Arnaldo? Y entonces ¿qué fuera
mi peregrinaje por la torrentera?
Ruta sin espinas, ¿valdría perdón?
No; quede á tu lado con el pensamiento;
pero cada paso me aleje de ti;
mañana, al volverme, ya será en el viento
sombra azul la torre de donde salí;
ni sombra en el aire será al otro día;
pisaré una tierra que nunca fué mía,
senda atrás mi alma tirará de mí,
no sabrán mi nombre los que me hagan don,
las lenguas que escuche me tendrán un son
que nunca aprendí;
yo estaré tan sola, tú estarás tan lejos,
que nos dará el sol trocados reflejos
desde otro zenit;
y al fin, haré tanta peregrinación,
que sabré tan solo con el corazón
donde está mi vieja torre de Faidit.
Este es el camino que haré por los dos,
y este el sacrificio que le ofrezco á Dios.

ARNALDO

Para que El te escuche, porque de esta suerte
ya nada en el mundo pueda detenerte;
¿te estorba mi vida? ¿te vale mi muerte?

LAURA

¡No fuerces, Arnaldo, la mano de Dios!
 Tu camino acepta como mi camino,
 y el negro destino
 que cupo á los dos.

ARNALDO

Ya que hoy de mi lado, sin piedad te arranca,
 ¿volverá á juntarnos la mano divina?

LAURA

*Como en profecía; la voz suavísima
 de una fe radiante.*

¡Sí! Cuando mi alma torne blanca, blanca,
 ¡allá... trasponiendo colina y colina!

ARNALDO

*La voz helada; la mirada muerta,
 presintiendo todo el desamparo de la
 soledad en que va á quedar.*

Cuando mi Faidit sea todo ruina...
 Cuando, en lo que fueron torres centenarias
 de mi enseña rota no flote el airón,
 y alarguen su brazo las parasitarias
 á esconder mi cifra sobre mi blasón.
 ¡Faidit no hará engendro, si no es, en la loba

de la mala suerte, que le trajo á mal;
 y la última alondra de mi última trova
 ¡morirá en el aire sin hacer nidall
 Se nublará el cerco de mi vida triste,
 ¡y estaré en el alma dos veces herido,
 por haber tenido, por haber perdido
 la visión del claro reino que no existe!
 ¡Destino implacable! ¡Perdóname, hermano,

Como hablando con el fétetro.

para el sacrificio, me falta ardimiento!

LAURA

¡Dá, Arnaldo, en un voto, fuerzas á tu mano
 y á tu alma cadenas, en un juramento!

Extiende su mano sobre el fétetro.

Por él, por la herida que, en su pecho, abierta,
 más ternuras te habla que su boca muerta,
 jura que á mis pasos abrirás tu puerta
 y no los darás en mí seguimiento!

ARNALDO

*Reaccionando: en una explosión de
 ternura y cariño fraternal, como si
 buscara en el rascoldo todavía caliente
 de aquella afección y en el dolor de
 haberla perdido, un contrapeso al infi-
 nito dolor del sacrificio que se impone.*

Hermano, que un día por no verme triste
cuando te hice herida la sangre escondiste;
porque en el perjurio caiga sobre mí,
¡lo juro!

LAURA

Lo juras...

Una pausa, en que los dos se miran con igual serenidad. Arnaldo, al retirar del fero la mano con que apoyó el juramento, tropieza con la empuñadura de su daga en el cinto. Sus ojos tienen un fulgor instantáneo, su cuerpo una cuadratura casi imperceptible; y este es el momento que aprovecha para contemplar a Laura; su mano se aparta ya del cinto. Laura rompe aquella pausa, comenzando a andar.

¡Dios guarde tu vida!
¡Dios guarde tu casa que me hizo acogida!
Si polvo le dejan mis pies, en la huída,
¡lo barra Dios, cuando me aleje de tí!

ARNALDO

¡No, Laura!

LAURA

¡Juraste!

ARNALDO

Lo sé, pero he dado
tal misión al alma que al cuerpo agotado
no le quedan fuerzas para la cumplir;
¡tú no has de dejarle tan abandonado
que le falten brazos en donde morir!

Se hiero.

LAURA

Arnaldo, ¿tu vida me arranca la loba
de la mala suerte que nos trajo á mal?

ARNALDO

¡No! La última alondra de mi última trova
por fin en tus brazos halló su nidal.

LAURA

¡Arnaldo!... ¡Mi Arnaldo!

ARNALDO

¡Mi Laura!

LAURA

¿Qué hiciste

ARNALDO

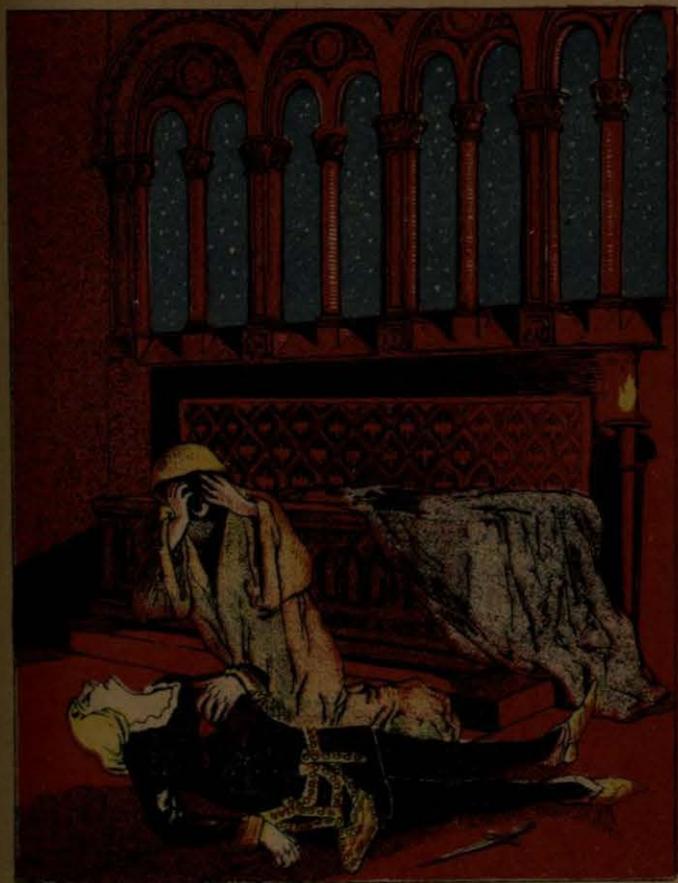
Clava en mí tus ojos que son dos caminos:
 en ellos se funden nuestros dos destinos;
 va en ellos mi claro reino que no existe.

Cae desplomado. Laura, de rodillas, abraza al cuerpo muerto y tratando de arrancar de entre los dedos de su mano la daga sangrienta, añade:

LAURA

¡Arnaldo! ...y para siempre he de perderte?
 ¡No! ¡Tu mano crispada en la agonía
 no será tan cruel como mi suerte!
 ¡No quiero ver sin ti la luz del día!
 ¡la muerte á mí... la muerte á mí... la muerte!

TELÓN



DEL MISMO AUTOR

VERSOS

ODAS.
LAS VENDIMIAS, POEMA GEÓRGICO.
EGLOGAS.
ELEGIAS.
VENDIMION, POEMA.
CANCIONES DEL MOMENTO.
TIERRAS DE ESPAÑA, EN PRENSA.

TEATRO

EL PASTOR, POEMA DRAMÁTICO.
BENVENUTO CELLINI, BIOGRAFÍA DRAMÁTICA.
LAS HIJAS DEL CID (PREMIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA), LEYENDA TRÁGICA.
DOÑA MARÍA LA BRAVA, SEGUNDA EDICIÓN;
EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL (PREMIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA) TERCERA EDICIÓN.
LA ALCAIDESA DE PASTRANA, AUTO TERESIANO EN UNA JORNADA.

NOVELA

ALMAS ANÓNIMAS.
LAS DOS VIDAS, EN PREPARACIÓN.